

## PROLOGO

No puedo dormir. La noche se desliza a mi alrededor y yo soy incapaz de cerrar los ojos. Una especie de desasosiego me ha empezado a invadir hace dos horas, y ahora me encuentro sumido plenamente en la desesperación. Mi hermano yace tumbado en la cama de al lado. Le envidio. El no se enfrenta a una de las pruebas más duras, hasta ahora, de su existencia. Puede parecer ridículo, pero todo cambia cuando tienes veinte años. A esa edad, resulta muy duro separarte de tus seres queridos, aunque sólo sea durante dos meses. También influye, naturalmente, el que uno sea tremendamente emotivo.

Me arrepentí poco tiempo después de haber tomado esta decisión. En un principio me pareció una buena idea alejarme de los problemas que me acosaban en ese momento de mi vida. Problemas que iban desde el terreno generacional hasta el amoroso. Fue uno de los peores momentos de mi vida, ese junio de 1999.

Y ahora me encuentro aquí, acostado, a oscuras, si exceptuamos la leve claridad que surge del cigarrillo que, lentamente, se consume en el cenicero. Rara vez fumo, pero cuando lo hago, el tabaco tiene el extraño poder de calmarme. Esta noche ni por esas. De aquí a nueve horas tengo que estar montado en el AVE. Será, sin duda, una nueva experiencia.

Mañana, Córdoba me espera. Y allí, la Arruzafa. Naturalmente, no puedo saber que también me aguarda un verano que, para bien o para mal, cambiará mi vida, todo lo que he sido y soy hasta este momento. Que empiece la función.

## CAPITULO I ARRUZAFa

Como es normal, al día siguiente aparecí en Atocha con las ya previstas ojeras, cosa que enseguida me resaltó mi abuela, la única persona que me había ido a acompañar.

La despedida fue, por supuesto, corta. Ya me había costado mucho separarme de mi hermana como para prolongar estos terribles momentos.

Del viaje en el AVE, no sé, no puedo hablar. Lo pasé durmiendo. Fue una suerte que mi compañero de al lado, con el que había establecido los quince primeros minutos una ligera conversación, me despertase para decirme que habíamos llegado a Córdoba, lugar al que sabía que venía.

Lo primero que me recibió en Córdoba fue la ola de calor. Era un calor que ya me esperaba, y que venía preparado a afrontar.

Un taxi me subió al Parador. Grande fue mi sorpresa cuando me dí cuenta de que me sacaba de la ciudad. Pensé que me había entendido mal, pero entonces ví un cartel que indicaba la dirección que le había indicado. Respiré.

Y allí me encontraba yo, con mi maleta, mis gafas de sol y mis bermudas. Era lo más parecido a uno de esos clientes americanos, horteras y, normalmente, cargados de dinero. Pensé en cuánto le gustaría ver este hall a María, pero eso, desgraciadamente, ya era agua pasada.

Me acerqué a Recepción. Dos chicos estaban allí. Uno de los conserjes salió a recoger la maleta, pero le frené. Entre risas me dí a conocer:

- Buenos días. Soy Raúl, el nuevo chico de prácticas de Recepción.

## CAPITULO II: RECEPCION

Y así, me incorporé al trabajo. Tuve días muy duros, casi siempre cuando teníamos una boda y a los clientes les daba por molestar en el hall. Parece que en esa zona del Parador había una extraña atmósfera, con tintes relajantes, en parte gracias al hilo musical, que la hacía uno de los espacios favoritos de la gente. Naturalmente, muchas de las veces los recepcionistas no compartíamos las ganas de juerga que los clientes tenían.

En cuanto a los compañeros, qué decir. Lo resumiré en una palabra: adorables. Empezando por mis compañeros de Recepción y terminando por las camareras de pisos. No es por hacerles la rosca, pero era verdad. En los malos momentos (que hubo muchos, lo aseguro) siempre estaban a tu lado. Con muchos de ellos me seguí (y aún sigo), tratándome, aunque yo ya no esté involucrado en el mundo turístico y sólo tenga los escasos minutos que mi vida de informático me brinda para dedicarles un poco de tiempo.

Seguramente quien lea esto se preguntará qué fuerza me llevó a dejar la carrera con la que había soñado desde pequeño, y éste es el asunto que quiero tratar en este manuscrito, aunque todo se resume en una palabra, en un nombre: Bárbara.

Todo transcurrió en menos de una semana, pero influyó notablemente en la persona que escribe esto. Verán, en ese momento yo...

## CAPITULO III: LA JUDERIA

...me encontraba detrás del mostrador cuando la vi aparecer. Había pasado un mal día, y gran culpa de ello la tenía María. Por la mañana me había llamado para disculparse y pedirme que le diese otra oportunidad, pero claro, cuando esa misma persona te ha roto el corazón dos meses antes, el perdón te lo planteas de diferente manera.

Aquella tarde yo había ido a buscarla. Cuando llegué a su casa, su padre me llevó hasta su habitación sin dirigirme la palabra. Esto ya de por sí me dio bastante mala espina, ya que, si bien nunca nos habíamos llevado bien del todo (como creo que en casi todos los casos de este tipo, no olvidemos que posiblemente yo sería la persona que le quitaría el único recuerdo que tenía de su difunta mujer), nos habíamos tratado hasta ese momento de forma bastante cordial.

María me esperaba sentada en la cama, con los ojos enrojecidos.

- ¿Cómo has podido? – me preguntó. – Pensé que una persona como tú no caería tan bajo.

Yo no sabía de qué iba el tema, así que, como es normal, le pedí explicaciones. Eso fue la gota que colmó el vaso.

- ¡Vete! – exclamó. ¡Vete y no vuelvas por aquí. márchate con ella!

A continuación, me cruzó la cara. No sirvió de nada decirle que no sabía de qué hablaba. Bueno, miento, sí que sirvió. Sirvió para que el precioso joyero que la había regalado por Reyes volase por la habitación y se estrellase contra mi cabeza. Dolió, y mucho. A continuación, salí de esa casa. Para siempre. O eso creía, ya que ahora esa puerta se volvía a abrir ante mí.

Días después me enteré de que una de sus amigas había visto a una conocida mía besándose con alguien que se parecía a mí. Y claro, cuando eres un buen amigo, enseguida vas a contárselo a la persona afectada para hacerla daño. Es lo que algunos entienden por amistad.

En estas y otras cosas pensaba cuando ella entró. Fue el otro compañero de prácticas quien le dio entrada y, para ser honestos, en lo primero que me fijé fue en su cuerpo. Una minifalda ceñida acompañada de un top ajustado. Pelirroja, con el pelo muy cortito y anudado en una trenza. Ojos verdes. Creo que siempre los recordaré, con su tonalidad esmeralda.

Subió a su habitación y todo se acabó, al menos por esa noche. Bajé en el coche hasta la judería y me di un paseo. Sus calles antiguas, empedradas, con añejo olor a árabe, tenían la cualidad de animarme cuando estaba deprimido, o simplemente quería pensar. El minarete de la Mezquita se perfilaba en el cielo.

#### CAPITULO IV: LOS JARDINES DEL ALCAZAR

El lunes fue un día muy duro. En primer lugar toda la gente que había pasado el fin de semana en el Parador, salía por la mañana, que era el turno que tenía ese día. Por otro, a eso de la una de la tarde llegó un grupo de japoneses, y dado que la gente normalmente suele retrasarse en la hora de salida (que son las doce del mediodía), las camareras de pisos no tienen tiempo para limpiar las habitaciones. Y eso hay mucha gente que no lo entiende. Pudimos, a duras penas, dar entrada al grupo, pero dos entradas que nos vinieron poco después nos dieron algún que otro problema.

Por suerte, a las cuatro de la tarde fui a mi habitación y di por finalizada mi jornada. No trabajaba hasta el jueves por la tarde, pues libraba. Me eché la siesta para celebrarlo.

Los jardines del Alcázar. Creo que no hay lugar en todo Córdoba que haya pisado más. Con sus estanques repletos de nenúfares, su olor a jazmín y su verdor, tan extraño en Córdoba. Si encima vas cuando empieza a anochecer y se encienden las luces, el espectáculo es extraordinario.

Sumido en mis pensamientos estaba, y supongo que la mayoría de las personas que están leyendo esto saben en qué tema pensaba, cuando tropecé con alguien. Alcé la vista para disculparme.

Fue entonces cuando vi dos ojos esmeralda mirándome fijamente. Una cálida sonrisa los acompañaba.

- Perdona – dije a la chica.
- No pasa nada – respondió.- Tú trabajas en el Parador, ¿verdad?.
- Sí, bueno, podría decirse que sí – contesté.
- Al menos, mientras te duren las prácticas.

Me quedé de piedra. ¡Se había fijado en mí!. Bueno, no en mí sino en la pequeña placa que llevaba en el pecho de la camisa, en la que ponía que yo era un alumno en prácticas.

Tras esta breve conversación, me dio a entender que era preferible que alguien la acompañase y le guiase por la ciudad. Yo la miré y, muy serio, le dije que bueno, que era desagradable pero que alguien tenía que hacerlo. Se quedó un momento parada y me preguntó si mentía. No hizo falta que la contestase. El brillo en mis ojos la dio la respuesta. Paseamos por los jardines, la hice una foto junto a la estatua de los Reyes Católicos y Colón, y por último fuimos a tomar algo a una terraza.

Me contó muchas cosas pero, en esencia, me vino a decir poco más o menos que se llamaba Bárbara, era una estudiante a quien sus padres habían pagado una semana en donde ella quisiese, por haber terminado con éxito la carrera, y que había venido a Córdoba como habría hecho cualquier admirador del arte musulmán.

Cuando llegamos al Parador, fue un error por mi parte entrar con ella. Cuando estábamos en la puerta del ascensor, despidiéndonos, me dio un beso, en la comisura de los labios. No necesitaba más señales, de momento. No me fijé que uno de mis compañeros, Antonio, me miraba desde la Recepción.

Cuando llegué a mi habitación, llamé a Pedro, mi mejor amigo. Tras hablar un rato de cosas triviales, le di la gran noticia: había conocido a la mujer perfecta. No me di cuenta de una cosa muy importante, y que tuvo bastante repercusión en el resto de la semana. Pedro era primo de María.

## CAPITULO V: MEDINA AZAHARA

Unos golpes en mi puerta me despertaron la mañana del martes. Cuando abrí, en pijama y sin peinar ni lavar, me llevé el susto del siglo. Bárbara me estaba esperando, para que la llevase a ver Medina Azahara. En ese momento no supe cómo ella descubrió dónde dormía, pero cuando pasé por Recepción me di cuenta de que Javi, uno de mis compañeros, un chico alto y moreno, y creo que una de las personas que se portó mejor conmigo, sonreía enigmáticamente. Supuse que ella se había estado informando.

Dice la leyenda que el califa árabe Abderramán III creó esta ciudad palaciega en honor a una de sus favoritas. Ella había vivido en Granada y una de las cosas que más añoraba era la nieve que cubría Sierra Nevada, y es por eso que Abderramán mandó cubrir toda la ladera en la que se asentaba la ciudad de almendros, y cuando éstos estaban en flor, toda la ladera se volvía blanca, semejándose a las montañas de su niñez.

Otros, más pragmáticos, aseguran que la ciudad palaciega se creó como retiro del rey, una descentralización del poder, alejándose de la ciudad propiamente dicha.

Sea como sea, el caso es que la ciudad fue destruida prácticamente por los reinos taifas, y más tarde por los cristianos. Lo único que se puede observar ahora son una serie de ruinas y una reconstrucción de lo que sería el salón del trono, con su estanque que, según relatan las escrituras, era mezcla de agua y mercurio, con lo cual, cuando el califa recibía visitas hacía remover las aguas y ese movimiento, unido a las innumerables piedras preciosas que habían en las paredes del salón del trono, creaba unos juegos de luces asombrosos.

Bárbara escuchaba ésta y otras historias que la conté, y que a su vez me habían contado a mí. Hay algo que nunca olvidaré y es cómo sus ojos se empañaron mientras me decía que no entendía por qué el género humano era tan perverso como para destruir un conjunto de tanta belleza, sin importar la importancia que un conjunto así tendría en siglos venideros. Me vi obligado a explicarla que si se había destruido era porque era un símbolo de poder, y que tristemente, para el género humano, esa razón muchas veces es válida para cometer las más terribles atrocidades, incluyendo, por supuesto, el asesinato.

Ella se giró hacia mí y, apoyada en una barandilla, con los ojos aún húmedos, me sonrió.

- ¿Sabes? – dijo.- Si yo fuese la esposa del califa, me habría gustado que toda la ladera estuviese también recubierta de blanco, pero no de almendros, sino de rosas, que son como el verdadero amor, en apariencia inofensivo, pero si te descuidas, puede hacerte mucho daño.

Durante el camino de vuelta no pude parar de pensar en estas últimas palabras, y llegué a la conclusión de que alguien la había hecho daño. Mucho daño. Sorprendentemente, me di cuenta de que esto me enfurecía y me pregunté, no por última vez, si no me estaba

enamorando muy deprisa. Esto, desgraciadamente, no era una película donde los personajes eran felices por el resto de sus vidas. No, esto era la vida real, ella estaría aquí una semana, y volvería a quién sabe dónde. La verdad es que nunca me había dicho de dónde venía, y supuse que debería esperar hasta el jueves para mirarlo en el ordenador.

Por la noche salimos con mis compañeros a tomar algo y así de paso hice las presentaciones. Además de todas sus cualidades, descubrí una más: ¡sabía bailar!. Entonces la vi. Era una de estas asiáticas que iban por los bares. Me acerqué al pinchadiscos y luego a ella. En la sala empezó a sonar una canción de un grupo llamado “Medina Azahara”. La gente se extrañó de que pusiesen una canción tan antigua. Y hubo quien protestó, pero en ese momento a mí me daba igual. En aquel momento, sólo había dos personas en la pista de baile: ella, con su vestido rojo y su trenza a juego, y yo, con mis vaqueros negros, una camisa azul y una rosa blanca en la mano, ofreciéndosela.

## CAPITULO VI: 515

Al despedirnos la noche anterior, sólo me había dicho tres palabras al oído: “mañana”, “eclipse” y “515”. Naturalmente, el mensaje era: “mañana sube a ver el eclipse a mi habitación, la 515”.

La 515 es una de mejores habitaciones del Parador, en muchos aspectos mejor que una de las suites. En primer lugar, tiene cama de matrimonio, muy escasas en los hoteles, en general. Además, al estar en la esquina, tenía una terraza enorme, desde la que poder ver el eclipse perfectamente, con la ciudad de Córdoba por fondo.

Yo ese día esperaba una llamada de mis padres, y en qué momento di aviso en la Recepción, a Javi, de que me encontraría allí. Fue el mayor error que cometí, y lo que luego sucedió fue por culpa de aquello.

Cuando subí, ella me esperaba. Entré y me senté en el sillón de la habitación. Había subido media hora antes para hablar con ella, pero ella se me adelantó.

- Mira – comenzó.- Yo nunca he tenido mucha suerte con los hombres, y la verdad es que con la única persona que estuve me hizo mucho daño, y decidí que nunca más nadie me lo haría. Tú eres un chico maravilloso y el detalle de ayer fue muy especial, y en serio siento que estoy medio enamorada de ti, pero no puedo corresponderte, porque dentro de unos días me habré ido y lo pasaré muy mal, así que creo que es mejor que no nos volvamos a ver.

Me dio un vuelco el corazón, pero supongo que una parte de mí ya lo sabía, o cuando menos lo imaginaba, pues era imposible que una chica como ella, perfecta, o casi, en todos los sentidos, se fijase en mí. Otro de mis defectos es que siempre me he valorado muy poco. Así que, considerando que no había nada más que decir, me levanté para salir de la habitación. Justo en ese momento noté una mano apresándome la muñeca. Me dí la vuelta.

- Supongo que habría dicho todo eso, - dijo, guiñándome un ojo – de no ser porque estoy completamente enamorada de ti, aunque sólo te conozco de hace dos días, y me extraña, pero siento que eres mi hombre ideal. Lo único que te pido es que, mientras dure, me respetes y no juegues con mis sentimientos. Otra cosa: dime que no hay nadie más a quien podamos herir. Promételo.

Lo prometí. Lo prometí mientras le cogía de la cintura y lo seguí prometiendo hasta que nuestras bocas se fundieron en un apasionado beso. La besé y la acaricié hasta el momento en que sonó la puerta. Aunque mi primer impulso fue el no abrirla, lo hice. María me saltó a los brazos, entre riendo y llorando.

- ¡Cariño!. Lo siento mucho. Por favor, ¡perdóname!. He recorrido todo este camino para hablar contigo.

Y me besó. Me besó sin darse cuenta de que Bárbara nos miraba con ojos incrédulos.

En ese momento tomé conciencia de la situación y aparté a María de un empujón. Me miró molesta, pero entonces se dio cuenta de la presencia de Bárbara en la habitación y me interrogó con la mirada.

Bárbara salió corriendo de la habitación y cuando le quise alcanzar estaba frente a la puerta del ascensor. Lloraba.

- ¿Por qué no me dijiste que salías con alguien? - preguntó

- Es...escucha. Corté con ella. No esperaba que viniese.

Me cruzó la cara. Me pilló tan de sorpresa que caí al suelo, derribando una papelería y su contenido. Es curiosa la mente humana, pero en esa situación lo único que esperaba era que no lo viese ninguna camarera, pues me podía caer una buena. Cuando alcé la vista, la expresión de Bárbara había cambiado por completo. Sus ojos verdes, que habían dejado de segregarse lágrimas, ardían de cólera. Me miró con la misma mirada con la que una diosa griega miraría a un simple mortal antes de lanzarle una maldición (Dios, esperaba no convertirme en araña como Aracne).

- No puedo creerte. Ya no.

Y la puerta del ascensor se cerró.

Cuando volví a la habitación, María me esperaba. Había visto toda la escena.

- Pocos días después de que vinieses, me enteré de que lo que me había contado Vanessa era mentira y te llamé un par de veces, pero nunca cogiste mis llamadas. Sólo quería pedirte perdón, pero no me diste la oportunidad. Una vez pasó al revés y te perdoné, y creo que me merezco lo mismo. Quiero que pienses en todo esto y te decidas. Ella o yo. Esperaré hasta mañana. Quiero que vayas a la Mezquita a las seis. Yo estaré allí. Espero tu respuesta.

Bajamos hasta la salida y ví su coche aparcado. En cierto modo, me sentí aliviado de ver algo reconocible, algo que pertenecía a mi pueblo. Además, había pasado algunos de los mejores momentos de mi vida en ese coche. En ese Seat rojo.

Se me planteó la mayor encrucijada en mi vida hasta ese momento. Por un lado, estaba una chica maravillosa, a la que apenas conocía, pero que era la mujer ideal para mí (lo presentía). Sólo había un problema: duraría lo que el resto de la semana. Por otro, estaba la mujer que más profundamente me había herido, pero también a quién más había querido, y si quería, y la perdonaba al igual que ella hizo una vez por mí, podría seguir a mi lado durante el resto de mi vida. Y tomé la decisión más fácil.

## CAPITULO VII: LA MEZQUITA

A las seis me encontraba frente a la puerta de la Mezquita. La mañana no había sido muy dura, pero Antonio me dio uno de los mejores consejos de mi vida: el de nunca liarme con una cliente, pues si salía mal, era el lugar en el que estuviese trabajando el perjudicado. Le di las gracias, pero en mi interior pensé que ya no me hacía falta. Si hubiese sabido en ese momento lo acertado que estaba ese pensamiento, me habría echado a llorar.

A media mañana pasó una llamada a la habitación de Bárbara, pero no le di importancia, y tampoco se me ocurrió mirar su hoja de alojada. No reconocí la voz por teléfono.

María me esperaba en la entrada y, sorprendentemente, después de casi dos meses, era la primera vez que entraba.

La Mezquita, construida por cuatro generaciones de califas que habían ido agrandando progresivamente sus naves, era preciosa. Fueron precisamente sus naves lo que más me impresionó. Esas naves repletas de arcos con sus dovelas rojas y blancas que me recordaban el techo del hall de Recepción. Durante un rato, evitamos hablar del tema, tocando temas triviales. Aparentemente, todo seguía igual, pero a la vez todo era diferente. Y los dos lo notábamos pero ninguno lo expresamos en voz alta. Entonces la vi.

Estaba apoyada en una columna. Sólo vi una silueta, pero era ella. De algún modo lo sabía. La cara me debió cambiar automáticamente, porque María me cogió de la mano.

- Lo sabía – dijo.- En realidad, durante todo el día lo he sabido y por eso la he llamado para que viniese. Noté cómo la miraste en la habitación y desde el suelo y supe que yo sobraba. No quería hacerme a la idea pero creo que es así. Dime si me equivoco. Mírame a los ojos y dime que no te gusta esa chica. Dime que algún día la olvidarás.

La miré, me armé de valor, y bajé la vista. No podía engañarla, ni engañarme a mí. Ella comenzó a llorar.

- Ve con ella – dijo.- Hemos acabado.- Mientras se alejaba, se dio la vuelta.- ¿sabes?, ella es de Madrid, pero no te lo quiso decir hasta no estar segura de lo que sentía. Me contó que no había dormido en toda la noche, pensando en ti. Me dijo que era tonta por haberse enamorado de esa manera, pero yo la entiendo. Eres alguien muy especial.

La miré y sonreí. Desde ese momento supe que dejaríamos de ser amigos para siempre. La chica con quien había crecido, la chica que se peleó con una amiga porque se había fijado en mí. La chica de quien me enamoré y con quien “me hice hombre”. La chica que más me había importado en la vida.

Cuando desapareció me acerqué a Bárbara. Sin mediar palabra me besó.

Pasé la tarde con ella, y hablamos de la situación que se abría ante nosotros, de nuestro futuro. Era ya noche cerrada cuando nos despedimos. Me dio un beso y me dijo que necesitaba estar a solas un rato, que subiese a su habitación y la esperase allí, en la cama. Nunca llegó a subir. Fue un beso de despedida en más de un sentido. Nunca la volví a ver viva.

## EPILOGO

No puedo dormir. La noche se desliza a mi alrededor y yo soy incapaz de cerrar los ojos. Pienso en Bárbara. Siempre digo que la vida no es una película. Rara vez tiene un final feliz.

A Bárbara la atropelló un coche que se dio a la fuga, y como yo fui la última persona que la vi con vida, tuve que someterme a un interrogatorio. Al día siguiente, volví a mi casa. Se acabaron mis prácticas. Tiempo después dejé el turismo. No quise volver a acercarme a una Recepción.

Y algunas noches, como ésta, recuerdo un pequeño detalle: la policía buscó un coche rojo, sin dar con él. Y a veces, cuando tengo pesadillas, veo cómo Bárbara se gira y ve un Seat que se dirige contra ella a toda velocidad. Y al volante, María.